

SERMON

PARA EL LUNES

DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

El dia del juicio final será el dia grande de la exaltacion de los justos y la confusion de los malvados.

El congregabuntur ante eum omnes gentes, et separabit eos ad invicem, sicut pastor segregat oves ab hœdis. Et statuet oves quidem à dextris suis, hœdos autem à sinistris.

Comparecerán en su presencia todas las gentes, y apartará á los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas á la derecha y los cabritos á la izquierda.

Math. cap. XXX, v. 32 y 33.

Es de fé, hermanos amadísimos; aquel Dios que lleno de amor y de misericordia, se dignó descender de los cielos á la tierra por nosotros los hombres y por nuestra salud; aquel Dios que revestido de nuestra humana naturaleza adoraran los reyes y pastores en la humilde gruta de Belen: que hullera en brazos de su tierna Madre para libertarse de las inhumanas maquinaciones del pérfido Herodes: aquel que calumniado por viles detractores sufrió las mayores

ígnominias y abatimientos, y por último, siendo la santidad por esencia, expió no sus pecados, porque ninguno cometió ni podía cometer, sino los de la humanidad entera, en el patíbulo de los criminales, ha de hacer una segunda venida al mundo. ¡Cómo es eso! me preguntareis admirados: pues qué, ¿querrá otra vez morir por la ingrata humanidad? ¿Querrá lavarnos de nuevo con su preciosa sangre, viendo que con tal colmo de malicia hemos hollado la que vertiera en el Calvario? No, hermanos míos. Jesucristo vendrá ciertamente: pero su segunda venida no tendrá el carácter que la primera. Juan Bautista anunció el reino de la misericordia, y nosotros los ministros de la religion os anunciamos el reino de la justicia. El Precursor señalaba con su dedo al que quita los pecados del mundo: nosotros nuevos precursores, estamos encargados de anunciar al mundo y señalar con el nuestro al Dios que ha de venir para juzgar el mundo.

Atended justos, oid pecadores, estremeceros mortales todos: *Vendrá el Hijo del hombre con toda su magestad acompañado de sus ángeles, y sentarse há sobre su trono.* ¿Y qué significa este anuncio? ¿A qué vendrá segunda vez el que vino á redimirnos? ¡Ah! ¡Qué yo tiemblo! ¡Yo me espanto! ¡Yo me acerco lleno del mayor pavor! ¡Cielos, dadme fuerzas, y no se pongan delante de mis ojos mis pecados!... «Todas las gentes, continúa el Evangelio de este dia, se juntarán ante su presencia y apartará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas y los cabritos. Y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á su izquierda.» ¿Lo habeis oido, cristianos? ¿Y á quién representan estas ovejas y estos cabritos? Fuerza será que os contristeis, pero debeis sa-

berlo. Las ovejas representan á los justos á quien dirá el Señor: *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo*, porque obrásteis el bien y practicásteis la justicia. En los cabritos se comprenden los pecadores que murieron sin hacer penitencia, y á estos dirá: *Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles*; marchad á esas mazmorras de fuego por toda la eternidad en castigo de vuestras maldades.

Yo no quisiera estremeceros con la pintura del juicio; pero la Iglesia al hacerme leer el Evangelio de este dia me manda que haga resonar la trompeta del juicio, con el objeto de despertar á los pecadores que tranquilamente duermen en el sueño de la culpa. Hoy es el dia en que yo quisiera ser rico de elocuencia y poseer el don de persuadir: hoy quisiera ser tan celoso y estar tan inspirado como mi gran padre el Príncipe de los Apóstoles cuando anunciaba el juicio á Israel, ó como un San Pablo cuando predicaba el mismo asunto á los areopagitas. ¡Quién fuera hoy tan elocuente como un San Vicente Ferrer, para que atemorizados vosotros con la pintura del juicio, saliésteis de este templo, con ánimo decidido de hacer penitencia, y prepararse por este medio para un juicio que nos es imposible evitar: para un juicio donde se verán al vivo nuestras buenas y malas obras, nuestros pecados mas ocultos: para un juicio formidable, cuya sola memoria hizo temblar á David en medio de la corte; al penitente San Gerónimo en el desierto, al mortificado Arsenio en las cavernas: para un juicio en suma, del cual pende nuestra felicidad ó infelicidad eterna.

Yo, señores deseo saber algo de este dia, cuyo re-

uerdo me estremece: recurro para ello á la fuente de la sabiduría: abro las páginas sagradas de la escritura santa, tiendo sobre sus admirables versos mi vista, y encuentro á Isaias que me dice. *Es el dia del Señor y el dia del hombre* (1). Me basta: no deseo saber mas, toda vez que el Profeta me hace comprender en dos palabras todo cuanto es digno de saberse. Es el dia de Dios, porque allí no le veremos crucificado en una cruz ni se nos presentará oculto entre los velos eucarísticos: se nos presentará sí, con toda la magestad, con toda la grandeza que le es propia, y es el dia del hombre, por que allí no se mostrará á la faz del mundo entero ocultando sus maldades con los tupidos velos de la hipocresía: dia de Dios que sentenciará como Juez; dia del hombre que escuchará su sentencia como reo.

Voy á hablaros, pues, del juicio final, haciéndoos ver que es *el dia grande de la exaltacion del justo y de la confusion de los malvados*.

Plegue á Vos ¡oh Dios de mi corazon! que aprovechándome yo mismo de cuanto voy á esponer al pueblo que me escucha, sea el primero á llorar mis pecados y á prepararme para el dia de la cuenta. Inflamad mis labios y dad virtud á mis palabras, á fin de que consiga frutos saludables en mis oyentes, y puesto que la Santísima Virgen estará á vuestro lado en el acto en que juzgueis al mundo, á ella acudimos implorando su intercesion. *Ave María*.

(1) Isaias, cap. II, v. 12.

REFLEXION UNICA.

Precisamente, cristianos, todo lo que empezó tiene que concluir: Dios solo es eterno porque es el solo, que no tuvo principio. Contemplad por un momento este hermoso palacio en que habitamos: tended vuestra vista por el encantador panorama que presenta la naturaleza. ¿Veis esos dilatados mares? ¿Veis esos árboles frondosos, ese verde campo que produce el alimento que os sostiene? ¿Veis esos brillantes astros que os prestan su luz para que guieis vuestros pasos por el mundo? Pues todo concluirá, todo se resolverá á la nada y llegará un día ¡día terrible!... día en que el cetro de los monarcas, la tiara de los pontífices, la armadura de los guerreros, el sayal del monje, todo habrá dejado de existir: nada habrá, un silencio sepulcral esperará un momento decisivo para la suerte de tantas generaciones como habrán dejado de existir. A través de tan sepulcral silencio se dejará escuchar el sonido de una trompeta, sonido espantoso que se oirá en los cielos, en toda la tierra y hasta en el mismo infierno. En el momento volverán á tomar su forma todos los cuerpos por desechos y consumidos que estén, y el cielo, el purgatorio y el infierno dejarán salir las almas que en sí encierran para que vayan de nuevo á unirse con sus cuerpos. Entonces en un dilatado valle se encontrarán reunidas todas las gentes, y allí aparecerán mezclados el bueno con el malo, única diferencia que se advertirá en los rostros: no habrá ricos, ni pobres, amos ni criados, sábios ni ignorantes, pues solo se distinguirán justos y pecadores. Allí aparecereis vosotros monjes y solitarios

que pasásteis vuestra vida en la austeridad y en la penitencia, crucificando vuestras carnes; y vosotros ministros del Dios de paz, que cumpliendo vuestros sagrados deberes dirigísteis á las gentes por los caminos de la salvacion, enseñándoles con vuestra doctrina y ejemplo; y los monarcas que con sus virtudes y buen proceder formaron la felicidad de los pueblos, y los sábios que emplearon sus talentos en aprender y enseñar á otros la ciencia de salvarse, y los hombres justos que en todos los estados se santificaron. ¡Mas ay! que tambien os presentareis vosotros, incrédulos, impíos, á quienes la religion sirvió de mofa y de desprecio; y vosotros soberbios, que engreidos por los bienes de fortuna despreciásteis al pobre como sino hubiera sido vuestro hermano, y el avaro para quien se hace poco todo el oro del mundo, y vosotros lascivos, hombres sensuales, que volviendo á Dios vuestras espaldas adorais ídolos de barro, y tambien otras mujeres escandalosas, que cual venenosa culebra atraeis con sensuales silbos á almas incautas para abrirles la primera puerta del camino de la perdicion. ¡Ah! ¡Y qué desigualdad de sentimientos! ¡Qué júbilo el del alma cristiana que entra de nuevo en aquel cuerpo penitente! ¡Ver aquellos miembros tan castigados, aquellos piés que siempre anduvieron por rectos caminos, aquellas manos tan pródigas, que siempre estuvieron abiertas para ejercer la misericordia con los pobres, aquellos ojos tan modestos que nunca se alzaron para ver objetos sensuales! El alma del pecador por el contrario, saldrá del infierno para unirse con aquel cuerpo á quien tanto regaló, y verá aquellos piés dirigidos siempre por el camino de la perdicion, aquella boca que tantas veces se abriera

para blasfemar el santo nombre de Dios; aquellas manos que siempre estuvieran cerradas para ejercer la caridad, y abiertas para apoderarse de la hacienda ajena. ¡Qué hermosas y gloriosas las almas de los justos! ¡Cuán horriblemente feas las de los pecadores!

Católicos: en aquellos momentos que precisamente han de llegar; en aquellos instantes en que todas las generaciones reunidas esperarán la venida del Juez Eterno, ¿cómo quisierais hallaros? ¡Ah! Que ya comprendo que deseariais hallaros blancos como la nieve. Pues comprended que entonces sereis impotentes para lavaros, y nada podreis hacer en vuestro favor. Ahora sí que estais en tiempo: ahora es cuando se os brinda con las aguas saludables del Sacramento de la penitencia: dejad pasar cuatro días mas, y ya no os será posible. La muerte os podrá sorprender hoy mismo y la sentencia del juicio particular será indudablemente la misma que se confirme en el juicio final. Tal vez me preguntéis vosotros: siendo una verdad de fé que en el instante de nuestra muerte hemos de ser juzgados particularmente, y nuestras almas pasarán al cielo, al infierno ó al purgatorio, ¿á qué fin ese nuevo juicio? ¿Qué objeto es el de Dios en reunirnos de nuevo despues del último de los días, para volver á pronunciar la sentencia? ¡Cuán grande es la justicia del Señor! Nos reunirá á todos para que los malos sean testigos de la bienaventuranza de los buenos: para que los malos sacerdotes que lejos de edificar ayudaron con sus escándalos á destruir los muros de la militante Jerusalem, sean testigos de la gloria que adquirieron aquellos obreros celosos, aquellos ministros de Jesucristo, cuya digna ocupacion fué siempre ganar

almas para el cielo, para que los hijos rebeldes que tuvieron en poco á sus padres, y revelándose contra ellos despreciaron su autoridad, presencien la felicidad de aquellos hijos dóciles y humildes, que reverenciando á los autores de su vida, los socorrieron en su vejez y en todas sus necesidades: nos reunirá para que los herejes é impíos, que despreciaban la religion y sus ministros, sean testigos de la hermosura y bienandanza de aquellos á quienes ellos miraban como insensatos: para que aquellos jueces que sentenciaron no en justicia, sino movidos del interés, sean testigos de la recompensa eterna en que van á entrar aquellos otros de su oficio que juzgaron con arreglo á justicia, sin dejarse vencer de otro interés que el de su conciencia; para que en suma, los hombres sensuales que se reían y burlaban de los que se dedican á la virtud, vean por sus ojos la brillantez y hermosura con que se presentarán las santas vírgenes, que huyendo de la sensualidad del siglo, se sepultaron para guardar su virginidad en los cláustros: á todas aquellas personas de ambos sexos que guardaron castidad segun su estado. Ved aquí señores, el por qué de esa reunion universal en el valle de Josafat: para la exaltacion de los justos y confusion de los malvados.

Ahora bien, ¿podemos engañarnos en nuestros juicios sobre la suerte de alguna persona que ha bajado al sepulcro, por mas que hayamos sido testigos de sus virtudes ó de sus vicios? ¡Cuántos á quienes nosotros teniamos por hombres justificados, aparecerán á nuestra vista en el dia del juicio con señales visibles de estar condenados por los altos é incomprensibles juicios de Dios, y por el contrario cuántos que á nosotros nos parecían pecadores obcecados, aparecerán gloriosos,